

A woman with dark, curly hair styled in an updo is shown from the back and side, looking towards the left. She is wearing a green, short-sleeved dress with puffed shoulders and a gathered waist. The background is a lush garden with a large trellis of purple wisteria flowers hanging down. The scene is bathed in soft, golden light, suggesting late afternoon or early morning.

*Hasta que
las estrellas
se apaguen*

CAROL S. BROWN

*Hasta que
las estrellas
se apaguen*

CAROL S. BROWN

BOOKISS

BOOKISS, 2024
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.

BOOKISS

Primera edición, marzo 2024
IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-19939-46-3
Depósito Legal: CS 73-2024
© del texto, Carol S. Brown
© de la cubierta, Borja Puig
© de la foto de cubierta, shutterstock
Corrección, Carol RZ

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.
www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para todas aquellas personas que creyeron en los Daventry y quisieron a Leo desde su primera aparición.
Este libro es para vosotras.

Capítulo 1

Leo

Londres, septiembre de 1860

Hotel Daventry

Por lo general, era muy difícil sorprender a Leonard Daventry. No porque fuera una persona muy cínica y apática o porque viviese constantemente en guardia y atento a lo que sucedía a su alrededor. En realidad, Leo creía que, tras veintiocho años de vida, ya estaba curado de espanto. Cualquiera que le conociese bien, y no lo que Leo pretendía enseñar al mundo, sabría que toda su caótica vida era una sorpresa continua. O quizá debería decir que su mente era un caos.

No le ocurrían cosas demasiado graves. Al menos, la mayoría de las veces. Tras asumir que aquello no eran «tonterías infantiles» —como solía decir su hermano mayor— ni «extrema vagancia» —como le repetía su padre constantemente—, Leo supo que era parte de su ser y algo que le sucedería toda su vida. Solía despertarse por las mañanas con la sensación de que acabaría perdiendo algo. Podría ser el sombrero, las llaves, quizá se le olvidaría ponerse el pañuelo al cuello o enganchar al chaleco el reloj de bolsillo. Cuando era niño, sus continuos despistes eran un tormento para él, pero, tras marcharse de Boston y mudarse a Londres lejos de la mirada crítica de su familia americana, Leo había

terminado por acostumbrarse y ahora enfrentaba sus problemas con la actitud despreocupada y resignada del que ya sabe que algo es inevitable. Eso no impedía que agradeciese al cielo el tener un ayudante que se encargaba de que no fuese descalzo a trabajar.

Por todas aquellas razones, no acostumbraba a sorprenderse cuando algo no le salía acorde al plan. Lo extraño era, en realidad, que saliese bien a la primera. Claro que el hecho de que una mujer entrase en su despacho sin preguntar y se escondiese bajo su escritorio sí podía considerarse una enorme sorpresa.

La puerta se abrió de golpe y Leo dio un respingo, alzando la cabeza de los documentos que llevaba una hora tratando de leer. La noche había comenzado como cualquier otra, con el hotel lleno hasta los topes tras una de sus exitosas cenas mortales. Leo se había recluso en su despacho y estaba tratando de recordar qué demonios acababa de firmar, pues había vuelto a abstraerse de sus quehaceres, cuando se encontró con la mirada de una mujer de pelo color caoba y apariencia agitada que irrumpió en la estancia como un elefante en una cacharrería. Nada más hacer contacto visual, la dama avanzó hacia él.

—¡No diga que me ha visto, por favor! —le dijo suplicante.

Leo parpadeó extrañado, pero no tuvo tiempo ni de abrir la boca porque la mujer, sin esperar respuesta, se escondió debajo de su escritorio, donde él estaba sentado con cara de idiota. En ese mismo momento, un hombre irrumpió en la habitación, completando aquella escena rocambolesca. Era alto, moreno y aparentaba unos cincuenta años. Su expresión era molesta, como si estuviera oliendo algo muy desagradable. Leo comenzó a preguntarse por qué nadie llamaba

a la puerta, pero enseguida perdió el hilo de sus pensamientos cuando notó un golpe en la pierna izquierda, proveniente de la escapista agachada a sus pies. Por fortuna, el escritorio era amplio, pero aun así Leo no se atrevió a moverse ni un milímetro.

—¿Me está escuchando, señor? —El hombre le hablaba y Leo hizo un esfuerzo hercúleo por prestarle atención.

Dios santo, con lo que a él le gustaba la tranquilidad. Recordó de puro milagro que la mujer escondida le había pedido silencio, así que carraspeó.

—Disculpe, ¿qué decía? —preguntó.

El hombre, cuyo rostro le resultaba familiar, lo miró extrañado, aunque a él no le molestó. Leo estaba al tanto de las habladurías que comentaban que el joven dueño del Hotel Daventry era un excéntrico y un tanto maleducado. Sin duda, lo toleraban porque su hotel era muy atractivo para los clientes y, sobre todo, porque era el primo del conocido y querido marqués de Satherton. Sus cinco primos ingleses, los Daventry, eran tan populares que la alta y media sociedad londinense estaba dispuesta a perdonar el comportamiento horrible de un americano con aires de grandeza.

Ojalá alguna parte de la fama que le atribuían fuese cierta. Quizá podía serlo en el pasado, cuando viajó hasta Inglaterra en busca de una mujer rica que lo mantuviese a cuerpo de rey, pero había trabajado tanto por llegar a donde se encontraba que era muy injusto que siguiesen despreciándole por ser un americano sin modales.

—Le preguntaba si ha visto a una mujer morena con un vestido rosa pasar por aquí —decía el señor, ya impaciente. Quizá era la segunda o tercera vez que se lo repetía, Leo no podía estar seguro—. Estaba hablando con ella, pero se ha esfumado.

—Pues... Es una descripción que podría encajar con la mitad de las invitadas, ¿no podría ser algo más específico?

Un nuevo golpe en la pierna lo hizo distraerse. Acabaría saliéndole un buen cardenal en la pantorrilla. Leo parpadeó y consiguió esbozar una sonrisa, obligando a su mente a centrarse.

—Aun así, no he visto a nadie, disculpe —logró responder por fin con soltura. Señaló los numerosos documentos que tenía en el escritorio, pulcramente ordenados por fecha y temática—. Me abstraigo mucho al trabajar y no me fijo en la gente que viene y va. De hecho, si pudiera cerrar la puerta al marcharse, se lo agradecería mucho. El ruido de fuera me distrae.

El hombre gruñó algo que Leo no entendió, pero que seguramente no era nada agradable sobre su persona, y se fue dando un portazo. Leo soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo.

La joven salió de su escondite con el recogido deshecho y una sonrisa de alivio.

—Por poco. Ese tipo es muy fastidioso —comentó mientras se ponía en pie de nuevo con naturalidad, como si no hubiese estado agazapada bajo el escritorio de un hombre desconocido—. Muchas gracias por ayudarme, señor...

Leo la observó con interés. Tenía la cara redonda, salpicada por multitud de esas pecas que la aristocracia creía tan horribles. Parecían estrellas esparcidas por su piel clara. Tenía los ojos grandes del color de la miel, enmarcados por espesas pestañas. Era guapa, sin duda. Se fijó en que fruncía el ceño con extrañeza y se imaginó que estaba tardando demasiado en responder.

—Daventry —dijo con premura—. Leonard Daventry. Aunque todos me llaman Leo.

¿Por qué había dicho eso? Ella entrecerró los ojos, pero finalmente sonrió.

—Pero yo no soy todos, Leonard Daventry. Sin duda, usted es el famoso dueño de este hotel y mente pensante de sus entretenimientos —dijo con retintín—. ¿Le importa que me quede aquí unos minutos? No quisiera volver a la fiesta y encontrarme con que ese estúpido de Carmichael esté todavía buscándome.

Aquel era un nombre que le sonaba. Estaba casi seguro de que era el dueño de varios negocios en Londres. ¿Qué más había dicho ella? Que estaba en la fiesta. Ah, seguramente había acudido a la cena mortal de aquel día. Leo estaba especialmente orgulloso de ellas porque le permitían enfocar su atención en una misma cosa durante mucho tiempo. Se sentía muy útil creando misterios con asesinato para el divertimento de sus clientes y era algo que se le daba especialmente bien.

Volvió a mirar a la chica.

—¿Qué quiere de usted el señor Carmichael? —preguntó.

Ella se encogió de hombros y, con todo el descaro del que ya había hecho gala desde que había entrado en su despacho, se sentó en uno de los cómodos sillones que Leo usaba para leer novelas de misterio. Su sedoso vestido rosa pálido se desparramó a su alrededor como si también se sintiera como en su casa.

—Lo que quieren todos, señor Daventry —respondió con aplomo—. Cazar a una mujer rica para poder manejar su dinero y después ignorarla.

Parecía mirarlo desafiante, como si Leo no pudiera atreverse a desmentir dicha afirmación. En su día, antes de

convertirse en un hombre de negocios, él también había buscado a una mujer rica cuyo dinero lo ayudase a llevar una vida ociosa. Y, ciertamente, en sus planes no había estado el prestar atención a su hipotética esposa.

No obstante, las cosas habían cambiado y, por fortuna, había encontrado la forma de sentirse realizado sin necesitar el dinero de otros. Mucho menos, el de su padre. Tenía suficiente con el suyo propio y jamás hubiese pensado que sería algo que lo haría sentir tan orgulloso.

—Creía que Carmichael ya era rico —se limitó a decir Leo—. ¿No es el dueño de varias algodonerías?

La joven ensanchó su sonrisa, se levantó con agilidad y se acercó hasta la silla ubicada frente al escritorio de Leo, la que utilizaban las visitas.

—Está bien informado. —Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en el escritorio con muy poca elegancia y apoyando la barbilla en la palma de las manos. Sus ojos amarillos reflejaban curiosidad sincera—. No parecía tan avisado cuando hablaba con él. Creía que iba a descubrirme por su culpa.

Leo arqueó las cejas ante su falta de tacto, pero no se sintió ofendido. La miró a los ojos, que no parecían estar burlándose de él, sino que reflejaban curiosidad sincera. En otros tiempos, Leo habría tratado de desviar la atención de sus rarezas y habría seducido a la dama para que se olvidara de sus preguntas. No obstante, en esa ocasión Leo decidió responder con franqueza. Quizá destinaba demasiado tiempo a hablar con Rose, la esposa de su primo Simon. Ella siempre le recalca que no debía avergonzarse de quién era.

Aunque no pudo evitar la punzada de incomodidad que le cruzó el pecho, se encogió de hombros y sonrió de forma

encantadora, como si no le importara lo más mínimo que le echasen en cara su actitud.

—Me distraigo con facilidad, y la verdad era que estaba más pendiente de su presencia debajo de mi mesa que del señor Carmichael. ¿Acaso podría alguien culparme por ello? —respondió, e hizo un ademán con la mano, restándole importancia—. Espero que no se presente así ante todos los desconocidos o a alguien le acabará dando un infarto.

Ella asintió, como si acabara de encajar alguna pieza del puzle, y sonrió.

—Solo lo he hecho con usted. —Le guiñó el ojo de forma descarada y Leo rio ante su desparpajo. De repente, ella adoptó una expresión calculadora—. ¿Sabe qué? Debería agradecerle de forma apropiada haberme ayudado.

Leo se tensó cuando ella se levantó, rodeó el escritorio y se acercó a él con seguridad. Él permaneció sentado, preguntándose qué demonios se traía entre manos y preguntándose si el protocolo en estos casos lo obligaba a permanecer de pie con ella. Arqueó las cejas de nuevo cuando, en un rápido movimiento, la dama se sentó en su regazo y se agarró a sus hombros. Inconscientemente, Leo la sujetó por la cintura. Por supuesto, no iba a quejarse, pero ¿desde cuándo las inglesas eran tan directas? Por lo que había visto durante los últimos años, las damas ricas se comportaban de forma muy comedida. Quizá las únicas excepciones que conocía eran sus primas. Sobre todo Gwen, que tenía la fama bien merecida de ser un auténtico terremoto.

—¿Sorprendido? —preguntó ella, aunque, por su cara de suficiencia, Leo estaba seguro de que ya sabía la respuesta—. Ahora parece totalmente concentrado solo en mí, ¿no?

Leo parpadeó, dándose cuenta de que tenía razón. La miró a los ojos y sintió la tensión que emanaba entre ambos. Se fijó en que, pese a la seguridad que demostraba, respiraba con dificultad. Estaba nerviosa o quizá solo era anticipación. Sonrió, ladino. Le gustaba su actitud descarada, pues le daba alas para portarse mal, y a Leo le encantaba portarse mal. La estrechó más contra él, acomodándola mejor sobre su regazo. Quedaron envueltos en su vestido rosa, como un capullo de flor en plena primavera.

—He de admitir que usted se lleva todo el protagonismo de la sala —respondió con una sonrisa, acariciándole el rostro repleto de estrellas—. La alternativa son unos aburridos documentos que no tengo ganas de leer.

Ella se inclinó hasta que sus rostros casi se rozaron. A esa distancia, vio que sus ojos castaños tenían motitas doradas salpicando el iris. Movi6 las pestañas, coqueteando.

—Entonces, es mi deber salvarlo del tedio. —Su voz era suave y su sonrisa, encantadora—. No me perdonaría que muriese de aburrimiento sin hacer nada por evitarlo.

Cuando ella le besó sin esperar respuesta, Leo cerró los ojos y se dejó llevar. No parecía una mujer inexperta, pero enseguida dejó que Leo se hiciese con el control. La sujetó por la nuca y la atrajo más hacia él. La joven se agarró a sus hombros con más fuerza, y eso dio a Leo libre albedrío para tocarla. Cuando sus lenguas se encontraron, Leo la escuchó gemir y el sonido le excitó. Quiso volver a provocar ese sonido y profundizó el beso. Estaba comenzando a perder los papeles, totalmente abstraído por su sabor, cuando ella se detuvo echándose hacia atrás.

Respiraba con dificultad cuando se apartó de él, pero sonreía. Leo estuvo a punto de protestar al verla alejarse,

pero se contuvo. La observó con ganas de seguir devorándola hasta el final. Ella debió de percibir su hambre, porque dio un paso atrás sin perder su atrevido aplomo.

Leo no haría nada que ella no quisiera, así que se quedó quieto tratando de recuperar la compostura. No quería que se apreciara que incluso le faltaba un poco el aliento. Pero su olor a flores todavía le embotaba la mente, que iba a mil por hora, sorprendido por lo que acababa de ocurrir.

Le había gustado mucho besar a esa mujer y hacía tiempo que no le ocurría algo así. La miró con asombro por su atrevimiento.

¿Ella sería de la misma opinión? Por su expresión, no parecía disgustada. Tenía las mejillas arreboladas y los ojos brillantes. Le daban ganas de levantarse y besarla de nuevo hasta que no quisiera alejarse.

—Besa usted de maravilla, Leonard Daventry —dijo ella, antes de encaminarse hacia la puerta con rapidez—. Ojalá podamos repetirlo pronto.

No le dio tiempo a responder porque desapareció en apenas segundos, cerrando la puerta tras ella con suavidad, dejándolo de nuevo solo. Casi parecía que había sido una de sus ensoñaciones. Confuso, se pasó la mano por la cara, y de repente se dio cuenta de que la misteriosa y atrevida mujer ni siquiera le había dicho su nombre.

Capítulo 2

Amelia

Cuando Amelia Fulton llegó al barrio de Belgravia y vio la fachada de la familia Harlem, su ansiedad comenzó a remitir. Por si fuera poco, tras entrar en la casa y escuchar las risas de sus mejores amigas, el nudo que tenía en el pecho desde que se había despertado desapareció por completo. Sonrió y, tras darle las gracias al mayordomo, avanzó con paso vivo hacia la sala de estar, donde la esperaban las tres mujeres más importantes de su vida.

Amelia abrió la puerta y ellas interrumpieron la charla para saludarla. Las miró con infinito cariño. A pesar de haberlas visto hacía tan solo unas horas, las había echado mucho de menos. En el internado para señoritas donde las cuatro se habían hecho inseparables se veían a diario, pero, desde que regresaron a Londres y atendían decenas de compromisos según su posición, cada vez era más complicado. A veces, Amelia deseaba volver a tiempos más sencillos, donde el problema más grave que tenían era que no las pescasen robando comida de las cocinas, escapándose del internado para ir al pueblo cercano o leyendo libros de la sección de la biblioteca «no apta para señoritas».

—Llegas tarde —le dijo Heather con un ligero tono de censura casi inconsciente.

—Déjala en paz. —Su gemela, Florence, la miró con reproche. Señaló a Amelia con inquietud—. ¿No ves que viene alterada?

Era escalofriante lo bien que la conocían. Pensaba que estaba más tranquila, pero era evidente que se equivocaba y la ansiedad volvió a intentar adueñarse de ella. Miró a las hermanas Harlem, gemelas idénticas que nacieron con tan solo diez minutos de diferencia. Ambas rubias como los ángeles, con los ojos azules y la piel blanca. El perfecto prototipo de dama inglesa. Si fuesen aristócratas, Amelia estaba segura de que serían las incomparables de la temporada.

No obstante, ahí terminaban sus similitudes. Heather era la más sensata del cuarteto, aunque siempre terminaba cediendo a participar en cualquier travesura que se les ocurriera a las demás. Casi siempre, a Florence o a Amelia. Aun así, cuando Heather se relajaba y procuraba no ser tan estirada, era una persona muy divertida. Florence, en cambio, era soñadora, romántica y escandalosa. Siempre dispuesta a hacer travesuras y cometer locuras. Si no fueran idénticas, no parecerían hermanas.

—Es cierto —respondió Amelia—. No me regañarías si supieras la mañana que he tenido.

Se dejó caer con un suspiro en uno de los sillones y Heather, ablandada, se apresuró a servirle una taza de té con un poquito de leche. Amelia le dio las gracias y cogió uno de los apetecibles pastelitos de nata que había sobre la mesa. Pocas cosas le hacían perder el apetito y esa no era una de ellas, así que mordió con ganas. Estaba buenísimo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Roxie con preocupación.

Amelia tragó y giró el rostro hacia ella. Completando el cuarteto de amigas, estaba Roxanne Wallcott. Sus

indomables rizos negros —que la señora Wallcott siempre procuraba encerrar en un apretado moño— contrastaban con su naturaleza sensible y empática. Era la que más preocupaba a Amelia desde que habían salido del internado. Roxie solía ser muy vivaracha y, aunque no era tan extrovertida como Florence y tenía momentos en los que se encerraba en sí misma, sí tenía ese punto travieso que las había unido tantos años atrás. Sin embargo, desde que el padre de Roxie había adquirido un título nobiliario, ascendiendo a toda la familia en la escala social, su amiga se había ido apagando y Amelia imaginaba por qué. Si había algo que odiasen los nobles, era que alguien adquiriese sus mismos derechos por medio del dinero, sin haber nacido para ello. Roxie, ahora lady Roxanne, debía soportar que la repudiasen por su origen, algo que enfurecía a sus amigas.

Aquella mañana parecía especialmente alicaída, pero Roxie solía cerrarse en banda si la interrogaban. Las otras tres sabían que debían ser pacientes y esperar a que ella hablase por propia voluntad. Así que Amelia decidió centrar la conversación en su problema.

—Mi padre, eso pasa —respondió—. Hemos tenido una discusión monumental. Los gritos deben de haberse escuchado hasta en Buckingham Palace.

Florence rio y Heather puso los ojos en blanco ante su exageración. Un buen público.

—¿La discusión se basaba en el matrimonio que te niegas a contraer?

Fue el turno de Amelia de poner los ojos en blanco y tragarse una respuesta mordaz. Como dictaba el rol que se había autoimpuesto, Heather estaba prometida a un respetable y aburrido banquero. Un compromiso que su padre, dueño

de varios periódicos y revistas de tirada nacional e internacional, había arreglado sin consultarle. Heather, como la mayor de ambas hermanas, había asumido su compromiso con el estoicismo que la caracterizaba, por eso no entendía que Amelia renegase con tanto ahínco de lo que la gente llamaba «su deber».

Ni tampoco comprendía sus razones para hacerlo, aunque debía decir a su favor que casi siempre había logrado dejar sus propias opiniones a un lado para apoyarla.

—Quiso endosarme como pretendiente a Richard Carmichael en la fiesta de anoche.

Heather arrugó la nariz con disgusto y Florence hizo una mueca.

—Tiene como ochocientos años. —Roxie verbalizó lo que todas pensaban.

—Por eso me escondí de él. —Amelia sonrió al recordar cómo y con la ayuda de quién había esquivado a su indeseado pretendiente. Miró a los ojos a Roxie, tan verdes como los de Leonard Daventry—. Algo que a papá no le ha hecho ni pizca de gracia. Me ha despertado a las seis de la mañana diciéndome que era una desagradecida y que, por supuesto, no vería un penique de su dinero para irme a América.

Su voz se apagó un poco con las últimas palabras. Le dolían y no podía negarlo por mucho que quisiera. Se sentía muy incomprendida. Amelia quería ser doctora y, viniendo de una familia de pintores y artistas que creían en el intelecto femenino, nunca había contemplado la posibilidad de que su padre le cortase las alas a su idea de querer estudiar Medicina al otro lado del océano.

En el último mes, había descubierto que su padre era tolerante hasta cierto punto. Defender el intelecto femenino

dependía del oficio del que se trataba. «Hipocresía» lo llamaba ella. «Sensatez» lo llamaba él.

—Es normal que tu padre se muestre desconcertado —alegó Heather en tono prudente—. Me admitirás que no hay muchas mujeres doctoras.

Amelia la miró con cara de pocos amigos.

—Pero las hay. —Era cierto. Amelia sabía que, en Estados Unidos, dos hermanas ejercían la medicina en su propia clínica¹—. Mi padre debería entenderme, sobre todo tras lo que pasó con John...

Sus amigas la miraron compungidas ante la mención de su hermano pequeño. Solo pensar en él era como si le acuchillasen el alma con un hierro al rojo vivo. Florence se inclinó para cogerle la mano en señal de apoyo.

—¿Qué opina tu hermano?

Amelia se encogió de hombros. Gerald Fulton hijo era su hermano mayor y el orgullo de su padre. Pintor igual que él, se dedicaba en cuerpo y alma a su trabajo en la Royal Academy y a hacer feliz a su esposa embarazada, Mary Ellen. Gerald estaba consiguiendo todo lo que su padre había esperado de él, al contrario que Amelia, que solo le daba disgustos. Eso le hacía sentir un poquito de rabia hacia su hermano, pero la verdad era que se adoraban. Cuando ella estudiaba en el internado, se carteaban a menudo y Gerald jamás la había juzgado por sus aspiraciones.

1 Elizabeth Blackwell obtuvo su título de Medicina en 1849, tras matricularse en el Geneva Medical College, en el oeste del estado de Nueva York. Le costó mucho combatir la oposición masculina a que una mujer estudiase Medicina. Cinco años más tarde, su hermana Emily se convertiría en la tercera mujer en conseguir el mismo título. Juntas abrieron la Clínica de Nueva York para Mujeres y Niños Indigentes en 1857.

—Creo que me apoya, pero está demasiado ocupado lidiando con su trabajo y con el hecho de que será padre muy pronto. Apenas le veo.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Roxie—. Porque la Amelia que yo conozco no se dejaría vencer por una nimiedad como esa.

Todas rieron, dándole la razón. Incluso Amelia sonrió. No era ninguna nimiedad que su padre no la apoyase, pero sí era cierto que no pensaba rendirse.

—Ya se lo he dicho a mi padre —respondió—: si él no me paga el viaje y la universidad, buscaré trabajo y lo haré yo misma.

Sus amigas la miraron estupefactas.

—No he dicho que vaya a hacer la calle, no me miréis así —resopló Amelia, poniendo los ojos en blanco—. Sin embargo, sí tengo una buena educación y hay oficios que puedo desempeñar.

Las gemelas compartieron una mirada y asintieron en sincronía.

—Podríamos preguntarle a papá si tiene algo para ti en alguno de sus periódicos —sugirió Florence.

—O al mío —añadió Roxie, cuyo padre, además de ser el nuevo conde de Redford, regentaba una flota de navíos de exportación e importación—. Siempre necesita gente en las oficinas del puerto registrando mercancías.

Amelia se emocionó ante el apoyo incondicional que le ofrecieron sus amigas sin vacilar. Sacudió la cabeza, evitando echarse a llorar por poco. No era dada a los sentimentalismos, pero por esas tres mujeres daría su vida.

—Os lo agradezco mucho, pero quiero intentarlo por mi cuenta —respondió—. Quizá solo es orgullo estúpido, pero si en algún momento debo tragármelo, vendré a pedirlos ayuda.

Las cuatro se sonrieron y, antes de que Amelia se dejara llevar por sus blandas emociones, dio una fuerte palmada para distraerlas y también distraerse de sus problemas.

—Ahora quiero saber qué pasó anoche en la fiesta y si alguna de vosotras, malditas cobardes, cumplió con la apuesta.

Las miró con los ojos entrecerrados, divertida. Heather puso cara de disgusto, Florence, para su sorpresa, se puso roja como un tomate y Roxie esquivó su mirada. No sabía a quién acudir primero, pero le daba la impresión de que todas tenían una historia que contar.

—Claro que he cumplido —dijo Heather con cierta superioridad—. La pregunta es si lo has hecho tú, querida Amelia. ¿Te dio tiempo mientras esquivabas al carcamal de Carmichael?

Amelia sonrió ampliamente.

—Pues da la casualidad, querida Heather —dijo imitando su tono—, de que sí. Esquivando a Carmichael, cumplí con la apuesta. Así que pagadme las dos libras, y no pienso haceros ninguna rebaja, pues dentro de poco tendré muchos gastos.

Florence la miró con curiosidad y una cierta sorpresa que casi la ofendió.

—¿A quién besaste?

Amelia se hizo de rogar unos segundos para alargar la curiosidad y poner a prueba la paciencia de sus amigas, que la observaban expectantes. No estaba segura de si debiera sentirse orgullosa de sí misma, dado que su comportamiento había sido del todo censurable, pero no pudo evitarlo. Al fin y al cabo, había sido una travesura sin importancia. Pasaba a todas horas entre mujeres y hombres de su edad; Amelia lo veía en cada fiesta a la que acudía.

—A Leonard Daventry.

Las reacciones de sus amigas no se hicieron esperar.

—¡Joder!

—¡Florence! ¿Acaso eres un marinero? —la regañó Heather.

—No pienso disculparme. Es el dueño del Hotel Daventry y primo del marqués de Satherton. Bien merece una blasfemia o dos.

—¿No es un tipo de lo más raro y maleducado? —Roxie la miró pensativa—. Mi padre dice que no escucha cuando le hablas.

—Es muy atractivo.

—¡Florence! —repetió Heather con exasperación—. ¿Solo piensas en el físico?

—Por supuesto que no, pero tengo ojos en la cara.

Amelia arrugó la nariz, recordando el episodio de la noche anterior.

—A mí me pareció muy simpático, y me ayudó con Carmichael sin preguntarme siquiera o censurarme por ello. —Se quedó pensativa. Tenía una teoría sobre lo que le podía suceder a Leonard Daventry, pero no quería sacar conclusiones erróneas—. Creo que hay más de lo que parece. No es un maleducado...

Heather frunció el ceño.

—¿Crees que le pasa algo? La gente dice que está un poco loco.

Las tres sabían que Amelia pasaba cada minuto libre leyendo libros sobre medicina, anatomía, enfermedades y todo tipo de volúmenes relacionados con su vocación. No obstante, no eran los libros los que la habían hecho teorizar aquello. En realidad, en algunos aspectos del comportamiento extraño del señor Daventry, Amelia veía a su hermanito.

Ignoró la punzada de dolor que le atravesó el pecho al pensar en John y se encogió de hombros. No quería alimentar rumores sin importancia hablando de su supuesta enfermedad con sus amigas. Por lo que parecía, ya tenía suficiente mala fama.

—Lo único que puedo asegurar es que me gustó su personalidad.

—¡Os estáis desviando de lo importante! —Florence las miró con incredulidad, como si no pudiera creer que se enfocasen en semejantes nimiedades—. ¿Cómo fue el beso? ¿Lo cogiste por sorpresa?

Amelia rememoró el beso y sonrió. La verdad era que no tenía mucha experiencia —apenas había besado a dos o tres chicos del pueblo en alguna fiesta campestre, y nada que pudiese catalogarse de memorable—, así que era sin duda el mejor beso que le habían dado. Ante él había fingido ser una experta y estar muy segura de sí misma, pero la realidad era que, cuando bajó del regazo del señor Daventry, todavía le temblaban las piernas. Él, sin duda, estaba más versado en esos asuntos. Le daba la impresión de que sabía bien lo que se hacía y la verdad era que una parte de ella hubiese continuado sobre él, aceptando lo que la lujuriosa mirada del señor Daventry le prometía. No obstante, por fortuna se había impuesto la razón al deseo.

Aquello solo había sido para ganar la apuesta.

—Un poco sí —respondió finalmente—. Besa muy bien. No parecía molesto por mi arrebato.

Florence silbó mostrando su apreciación y Heather rio.

—Claro que no, es un hombre. ¿Cómo le iba a molestar eso?

—Hay hombres que prefieren llevar la iniciativa —dijo Roxie—. A la mayoría, de hecho, les gustamos pasivas.

Florence puso los ojos en blanco.

—Pues que Dios los pille confesados si se topan con nosotras. —Se encogió de hombros y Amelia y Roxie rieron. Heather fue la única que se mantuvo al margen de la broma—. ¿Qué tiene de divertido ser una mujer pasiva?

Amelia asintió, dándole la razón. Ya el hecho de querer ser doctora la obligaba a adoptar una actitud muy poco conciliadora frente a los que le decían que no podía hacerlo o que era una locura. Su carácter fuerte ayudaba a mantener esa postura.

—¿Y vosotras a quién besasteis?

Se hizo el silencio. Heather, finalmente, se encogió de hombros. Hasta aquel gesto parecía elegante viniendo de ella.

—A William Pickford, claro.

Amelia resopló, decepcionada.

—¿Florence nos desafía a besar a algún desconocido de la fiesta y tú besas a tu prometido?

Heather alzó el dedo con toda la intención de encontrar una laguna en su argumento. Estaba claro que había preparado su discurso con antelación.

—Jamás dijimos que el hombre al que debíamos besar tuviese que ser un desconocido. —Heather la miró, esperando con expresión satisfecha, y Amelia remugó. Debía darle la razón—. Así que besé al señor Pickford, porque es lo correcto.

Su rostro parecía tenso, como si el beso no le hubiera gustado en absoluto.

—Decidme que vosotras tenéis una historia más escandalosa, por favor. No es muy difícil de superar.

Roxie desvió la mirada.

—Me pregunto por qué accedí a esto.

—Porque te aburrías tanto como yo. —Florence se encogió de hombros de nuevo—. Quitando el juego de la cena mortal, el resto de la fiesta fue tan soporífero como el cumpleaños de mi tía abuela.

Heather miró a su hermana.

—¿La tía abuela Chelsea? Es bastante divertida.

Florence la miró incrédula.

—Si llamas diversión a jugar a las charadas, no puedo creerme que naciósemos al mismo tiempo.

Amelia interrogó a Roxie, ignorando la discusión de las otras dos sobre si una era diez minutos más mayor o en realidad ninguna era más pequeña que la otra.

—¿No besaste a nadie?

Roxie vaciló antes de responder.

—A un camarero.

No la miró a los ojos. Amelia estaba segura de que mentía.

—¡Oh! ¿Aquel que servía el champán? Era bastante atractivo —dijo Florence pensativa, claramente viendo atractivos a casi todos los hombres jóvenes y solteros del planeta.

—No sé cómo se llamaba. —Roxie se encogió de hombros y forzó una sonrisa—. Solo fue por el orgullo de no perder el maldito reto. Nada del otro mundo.

Seguía sin estar segura de que aquello fuera todo, pero quizá el beso había sido tan horrible que Roxie prefería no decir nada. Amelia suspiró con dramatismo.

—Sois unas aburridas —fingió contrariedad—. ¿Florence?

Su amiga inspiró hondo y pareció perder toda su energía de un plumazo.

—Está bien, confieso. —Florence cerró los ojos—. Besé a Jeff.

Las otras tres la miraron sin dar crédito, olvidando todo lo demás.

—Oh, Dios mío —soltó Roxie.

—¿Qué? —Heather miró a su gemela como si acabara de confesar que quería enrolarse en la marina.

Amelia, en cambio, ató cabos de inmediato.

—¡Por eso nos planteaste la apuesta! —exclamó, levantándose como un resorte. Florence la miró con cierto arrepentimiento—. Querías tener una excusa para besar a Jeff.

Florence asintió y bajó la cabeza, compungida. Amelia, más calmada, se sentó de nuevo y sonrió.

—No está mal pensado, la verdad. —Florence la miró sorprendida y Roxie rio.

—Sabía que dirías eso.

Heather, en cambio, arrugó el ceño.

—Tenéis que dejar de reírle las gracias o se acabará metiendo en un lío del que no sabrá salir. —Miró de reojo a su hermana y añadió—: ¿Funcionó?

Florence sonrió con tristeza.

—Claro que no. ¿Por qué iba a funcionar? —Suspiró—. Para Jeff, solo soy su mejor amiga.

Amelia apretó los labios, compadeciéndose. Jefferson Hughes era el hijo de un buen amigo y socio del señor Harlem, y un amigo de la infancia de las gemelas. Sobre todo de Florence. Florence llevaba mucho tiempo enamorada de Jeff, pero jamás le había dicho nada porque no era correspondida.

—Fui hasta él, me armé de valor y lo besé... —Florence hizo una pausa, como si no quisiera continuar—. Me miró

como si me hubiera vuelto loca y saqué la excusa de la apuesta que ya guardaba en la manga si sucedía algo así. Se rio al entender que era una travesura más, me llamó «pequeña locuela» y se fue como si nada hubiera pasado. Suerte que no escuchó mi corazón hacerse cachitos.

En un visto y no visto, las tres estuvieron sobre ella, abrazándola. Florence lloró en silencio durante unos segundos, arropada por sus amigas.

—Es un cerdo.

—Un auténtico imbécil.

—Más ciego que un topo.

Amelia miró a Heather con disgusto.

—¿De verdad? ¿Ni en un momento así vas a insultar?

Florence rio y Heather reprimió la respuesta mordaz que iba a darle a Amelia.

—Gracias a las tres. Estoy bien, de verdad —dijo Florence y, ante la mirada escéptica de sus amigas, sonrió—. En serio. Necesitaba su rechazo para olvidarme de él.

Se le volvieron a humedecer los ojos, así que Roxie decidió cambiar de tema. Un acuerdo tácito entre las cuatro, aunque nadie en aquella habitación había creído ni por un momento que Florence fuera a olvidar tan fácilmente a Jeff.

—Así que Amelia es la clara ganadora de esta absurda apuesta. Bien jugado, querida —dijo, guiñándole un ojo al volver a su butaca. Dio un sorbo a su té antes de continuar hablando—. El atractivo señor Daventry. Puedes añadir una muesca en tu cabecero o lo que sea que hagan los hombres con nosotras.

Amelia puso cara de suficiencia, siguiéndole el juego.

—Soy la mejor.

—Dirás que eres la que está más loca —alegó Heather, y siguió hablando antes de que Amelia pudiese discutir—: Aunque Roxie ha besado a un camarero, así que no sé qué deciros...

Roxie protestó y Florence soltó una carcajada, descargando la tensión del ambiente y las otras tres se relajaron de golpe, pensando que lo peor había pasado. Pasaron el resto de la tarde charlando, riendo y cotilleando sobre cualquier cosa. Dejando sus preocupaciones a un lado.

Cuatro amigas que se adoraban y nada más.

Capítulo 3

Amelia

Cuando Amelia regresó a su casa poco antes de la cena, lo hizo con el alma revitalizada y su decisión más clara que nunca. Sus amigas siempre le hacían ver las cosas con más claridad.

Iba a conseguir un trabajo e iba a convertirse en doctora. Costase lo que costase. Tenía casi veintiún años y mucho tiempo para invertir sus energías en esa meta. Le parecía mucho más loable que casarse y tener hijos. O, al menos, no le parecía que fueran dos vías incompatibles.

Estaba subiendo las escaleras hacia su habitación para cambiarse para la cena cuando una voz conocida la detuvo.

—Hermanita.

Se giró para encontrarse con un sonriente Gerald. Amelia soltó un grito de alegría y se lanzó a sus brazos de inmediato. Su hermano la sujetó sin vacilar, estrechándola contra él. Respiró su olor familiar y la invadió la nostalgia de cuando eran niños y Gerald cuidaba de ella y de John. Cuando se separaron, Amelia se dio cuenta de que lo había echado mucho de menos. Lo miró de arriba abajo: estaba un poco más delgado que de costumbre, pero no parecía enfermo. Mientras que él, con su cabello rubio y los ojos azules, había salido a su padre, Amelia tenía el aspecto de su madre. A simple vista, no parecían hermanos.

—¿Te quedas a cenar? ¿Mary Ellen no ha venido contigo?

—Ha ido a visitar a sus padres antes de que le resulte más difícil moverse por el embarazo —le respondió—. Padre se acaba de ir al club, así que he decidido quedarme y molestar un poco a mi hermana pequeña.

A pesar de que Amelia y su padre vivían cerca de la Royal Academy of Arts, donde Gerald trabajaba, su hermano no venía mucho de visita desde que se había casado. Lo miró con atención, preocupada. Gerald sonreía, pero la felicidad no le llegaba a los ojos. En su rostro había cierta tensión y Amelia lo conocía tan bien que imaginó enseguida de qué se trataba.

—Has hablado con padre sobre mí, ¿verdad? —Se cruzó de brazos, molesta—. No pienso cambiar de opinión, así que ahórrate el discurso que has estado practicando en tu mente.

Gerald la miró con disgusto, confirmando que Amelia había acertado.

—Ni siquiera voy a entrar en el tema del matrimonio —dijo con, a su juicio, bastante sensatez. Sus palabras iban a caer en saco roto y ambos lo sabían. No obstante, Gerald estaba preocupado por otra cosa—. Amelia, no tienes por qué trabajar. Yo te daré el dinero que necesites.

Por un segundo estuvo tentada de aceptar, ya que así podría irse a Nueva York mucho antes, pero de inmediato sacudió la cabeza. Quizá Amelia podía asumir que Gerald le pagase las nueve libras que valía el pasaje de barco, pero no dejaría que se gastase cientos en su educación.

—Eso disgustaría a padre y sé que odias ir en su contra —respondió, y su hermano no se atrevió a llevarle la contraria en eso. Gerald siempre había idolatrado y obedecido a su padre—. Además, quiero conseguir esto por mí misma, aunque me lleve meses. Ya lo he decidido.

Su hermano suspiró, derrotado.

—Eres demasiado cabezota para tu propio bien. —Amelia sonrió como si le hubiese hecho un cumplido—. ¿De qué piensas trabajar?

Se encogió de hombros.

—Tengo dos manos perfectamente funcionales —respondió, y lo miró de reojo—. Puedo ser institutriz o dama de compañía, por ejemplo. O... actriz.

El escalofrío de su hermano fue tan patente que no pudo evitar soltar una carcajada.

—Cálmate, Gerald, estaba bromeando. Es evidente que no tengo madera de actriz.

Su hermano la miró como si la viera perfectamente capaz de convertirse en actriz con tal de conseguir el dinero que necesitaba. Divertida, decidió seguir pinchándole.

—Podría buscarme un amante. Quizá sería lo más rápido y efectivo. Ya sabes, ser un poco casquivana —fingió reflexionar. Lo miró y se rio a carcajadas ante su cara horrorizada.

Gerald sacudió la cabeza.

—Vas a acabar conmigo, Amelia —dijo con pesadumbre—. Dios me libre de que mi futuro hijo sea tan cabezota como su tía.

—Para eso tendría que ser niña, hermano —bromeó, pero de inmediato se puso seria—. No me crees capaz de lograrlo, ¿verdad?

—Al contrario, querida. Te veo bien capaz y eso es lo que me preocupa.

Sus palabras, junto con su expresión compungida, aplacaron un poco el creciente enfado de Amelia. Respiró hondo, le sujetó el rostro entre las manos y lo miró a los ojos.

—Tendré cuidado, te lo prometo. Quiero un trabajo, pero no soy tan estúpida como para coger lo primero que vea y que eso suponga un problema para mi integridad física y moral.

Gerald suspiró y Amelia decidió cambiar de tema. No tenía por qué alegrarse por ella, pero le bastaba con que no la detuviese. Tanto su padre como él debían confiar un poco en su buen juicio.

—No te preocupes, Gerald. Si necesito ayuda, te la pediré. Te lo prometo —le dijo tratando de mostrarse convencida—. Vamos a cenar y me cuentas cómo te va todo.

Como su padre no estaba, Amelia ni siquiera subió a cambiarse para la cena. Solo eran ellos dos, los hermanos Fulton, disfrutando de su mutua compañía. Como cuando eran niños. Mientras degustaban la sopa, Amelia le contó a Gerald cómo se encontraban sus amigas y, con el plato principal, ambos estuvieron hablando del estrés que le suponía a Gerald la exposición anual de la Royal Academy, a pesar de que todavía quedaban meses para su inauguración.

—Tengo una pintora nueva en la exposición a la que creo que te gustaría conocer, porque tenéis ideas similares —dijo Gerald tras pasar a la salita a tomar el café—. Es prima de Leo.

De repente, como un estallido de fuegos artificiales, Amelia recordó las palabras que había utilizado Leonard Daventry para presentarse.

«Leonard Daventry. Aunque todos me llaman Leo».

Un mal presentimiento se instaló en su pecho, como un nudo que le impedía respirar con normalidad. No, no podía ser. Trató de hacer memoria, pero una nebulosa se había instalado sobre su mente, opacando el recuerdo de

las decenas de cartas que había compartido con su hermano mientras habían estado separados.

—¿Leo? —preguntó, vacilante, al fin.

Gerald la miró con reproche.

—Te he hablado mil veces de Leo, Amelia —le dijo con impaciencia—. Mi mejor amigo, Leonard Daventry.

Dios Santo. Se le cayó el alma a los pies.

—¿El dueño del hotel? —Era una pregunta estúpida. ¿Cuántos Leonard Daventry existían en Londres? Era un apellido poco común. No obstante, su vana esperanza era que existiesen al menos un par y que Amelia no hubiese besado al mejor amigo de su hermano por una estúpida apuesta—. ¿Es tu mejor amigo?

—Sí, Amelia —le respondió, ya molesto con ella—. Claro que sí. Te he hablado de él en muchísimas de mis cartas.

Amelia cerró los ojos y de nuevo trató de recordar. No recordaba que Gerald hubiese mencionado que el apellido de su mejor amigo fuese Daventry. Era un dato que en ese momento le traía sin cuidado y no tenía por qué retener. Por el amor de Dios, prácticamente había asaltado a ese hombre con la firme idea de no volver a cruzárselo jamás. Notó que las mejillas le ardían.

—¿Estás bien, Amy? —Gerald la miró con preocupación, usando el diminutivo cariñoso que le puso cuando eran pequeños. Eso hizo que se sintiera todavía peor—. Te has puesto muy roja. ¿Tienes calor?

Amelia negó. La única salida que tenía era fingir que ese beso no había existido nunca. ¿Leonard Daventry sabía quién era ella cuando se conocieron? No lo creía; ella no le había dicho su nombre y jamás habían sido presentados. Estaba a salvo. Solamente tenía que esquivar al mejor amigo

de su hermano durante el resto de su vida. O, al menos, hasta que se marchase a Nueva York. Dios santo, se había sentado en su regazo como una descarada. ¿Podía tragársela la tierra?

Esbozó una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora, aunque el corazón le retumbaba en los oídos.

—Sí, estoy bien —mintió—. Trataba de hacer memoria, pero no recuerdo que me dijeras el apellido de tu amigo.

Gerald puso los ojos en blanco.

—Esa es la atención que me prestas. —No parecía enfadado ni suspicaz, y Amelia soltó el aire que retenía—. Tengo que presentártelo. Es una persona estupenda.

«Antes, prefiero irme a Nueva York nadando».

—Claro, me encantará conocerlo —respondió, maldiciendo para sus adentros—. Entonces, me estabas hablando de su prima, ¿no? ¿Es pintora?

Esperaba que el cambio de tema funcionase. Su hermano la miró pensativo, pero enseguida se distrajo hablándole de Gwen Daventry y su obra. Amelia no podía dejar de pensar que simplemente había atrasado una situación inevitable, pero haría todo lo que estuviera en su mano para no volver a ver a Leo Daventry y pasar por semejante trago amargo. Si Leo le contaba a su hermano lo que había sucedido entre ellos, estaba perdida.

Era imperativo no volver a cruzarse con él hasta que Amelia pudiera marcharse a América.

Leo

—¿Dices que te besó? —Su primo Gabriel, marqués de Satherton, lo miró sorprendido—. ¿Así, sin más?

—Es fabuloso —dijo Belle, su esposa, y la más romántica de la familia. Gabriel la miró con el ceño fruncido, como si «fabuloso» no fuera el término que él hubiese utilizado.

—Para darme las gracias por no delatarla. —Leo se encogió de hombros—. O eso me dijo.

Todos comenzaron a hablar a la vez para dar su opinión. Leo observó con una sonrisa a sus cinco primos, los Daventry, y a sus cinco parejas. Habían logrado reunirse todos allí, como un milagro de principios de otoño. Normalmente era impensable que todos pudieran coincidir el mismo día y a la misma hora fuera de la temporada porque solían pasar el invierno en sus propias casas de campo, pero las estrellas se habían alineado. Tenía mucho que ver el hecho de que Gwen acabase de dar a luz a su segundo hijo, Andrew, hacía apenas dos semanas y que el parto se hubiese adelantado, pillándolos por sorpresa en Londres. Eso provocaba que toda la familia pululase cerca por si la madre o el pequeño necesitaban cualquier cosa. Por suerte, todo había salido de maravilla y el nuevo integrante de la familia era fuerte y sano.

Leo había llegado desde Boston pensando en que no encajaría con sus primos ingleses, a los que apenas había visto un par de veces a lo largo de su vida, pero nada más lejos de la realidad. No habían tardado ni un segundo en acogerle como a uno más de la familia. Gabriel, Simon, Michael, Gwen y Sophie conformaban una gran parte de las razones por las que todavía permanecía en Inglaterra. Y cada nueva incorporación a los Daventry había sido inmejorable. Sus primas y primos políticos eran muy diferentes entre sí, pero maravillosas personas.

Les adoraba con toda su alma.

Los diez lo miraban como si estuviera contando la mejor historia que hubiesen oído nunca. Leo había ido a cenar a Satherton House aquella noche, como casi todos los lunes, y mientras tomaban el café en una de las confortables salitas, no había podido callarse los sucesos de la última cena mortal. Era una suerte que en aquella casa no creyeran en tomar el café de después de la cena disgregados por género. Así no tenía que contar las cosas dos veces, algo que le resultaba agotador.

De hecho, a veces incluso pensaba que todo aquel asunto había sido imaginación de su mente caótica. No obstante, la misteriosa mujer que le había regalado un beso se había dejado una horquilla de pelo en forma de flor debajo de su escritorio y eso le demostraba que había sucedido de verdad.

—Leo, regresa —dijo Gabriel.

Parpadeó, y volvió a concentrarse en ellos. Ninguno estaba molesto porque hubiese dejado de escucharlos. Era otra razón por la que los adoraba. No le juzgaban y le aceptaban tal y como era.

—Decía que te pasan cosas muy raras, querido primo —repitió Michael, continuando la conversación como si nada.

Leo se encogió de hombros, dispuesto a darle la razón. Pero Simon puso los ojos en blanco e intervino antes de que pudiese abrir la boca.

—¿Raras? Afortunadas, más bien —dijo como si su hermano fuese idiota—. Ya me hubiese gustado a mí que en mi época de soltero las mujeres tuvieran más arrojo con estos asuntos. Es una forma bastante efectiva de ahorrarse el cortejo.

Rhys, mejor amigo de Simon y pareja secreta de Michael, lo miró divertido.

—Pero si con Rose lo tenías todo hecho.

—De hecho, lo hizo todo ella. —Gabriel quiso apostillar—. Poco más y nos toca darte un guantazo para que espabilases.

La susodicha bebía té en ese momento, pero se las arregló para asentir y las carcajadas de todos no se hicieron esperar. Simon hizo una mueca de disgusto, pero acabó riendo con los demás.

—Me muero por saber quién es la dama. —Los ojos de Sophie brillaban encantados por un buen cotilleo—. ¿Quién estaba alojado en el hotel ese día?

Su esposo, Bastian, le cogió la mano y ella se aplacó un tanto.

—Lo siento, me he emocionado demasiado —sonrió Sophie—. Pero me parece una historia maravillosa. Ojalá te la encuentres de nuevo.

—Ya le estás buscando el lado romántico al asunto, Soph —intervino Gwen, la más joven de los cinco hermanos—. Quizá la mujer solo quería un buen beso y si te he visto no me acuerdo.

—El amor mueve el mundo. —Belle defendió a Sophie.

Leo logró meter baza en el gallinero que se estaba formando a marchas forzadas.

—Me parece bien así. —Sonrió con despreocupación—. Las relaciones sin ataduras son las mejores.

Nueve pares de ojos lo miraron con escepticismo. Era valiente y estúpido por parte de Leo decir aquello delante de cuatro matrimonios y una pareja de hombres que se habían atado de todas las formas clandestinas que habían podido.

Pero Rose le conocía mejor que nadie. Maldita fuera.

—Eso lo dices porque crees que nadie va a soportar tus extravagancias. —Las miradas se volvieron comprensivas y

Leo se sintió incómodo—. Y nada más lejos de la realidad. Porque eres una persona maravillosa.

Su familia se apresuró a asentir de inmediato.

—Divertido —alegó Gwen.

—Con un gran corazón —dijo Belle.

—Muy atractivo —aseguró Sophie.

—Un gran empresario —terminó Rose.

Los hombres se miraron, incómodos.

—Ya lo han dicho todo ellas. —Nick, el esposo de Gwen, se encogió de hombros—. Me parece inteligente no añadir nada más.

—Estoy de acuerdo con el inspector —alegó Simon, riendo—. Parad antes de que se hinche como un pavo y no pueda soportarle como jefe.

Leo sonrió. Simon trabajaba en el hotel como contable, y agradecía tener a alguien de confianza al frente de sus cuentas. Los números se le daban de maravilla, un aspecto con el que Leo no contaba entre sus virtudes. Era extraño que un noble trabajase, pero a Simon le daba igual que lo criticasen por ser uno de los pocos que lo hacía.

—Solo hemos dicho la pura verdad —alegó Gwen, satisfecha.

—Vaya, tenemos que juntarnos más a menudo, porque engrandecéis mi ya de por sí enorme ego. —Intentó bromear para ocultar que se había emocionado. Pero a su familia no podía engañarla. Hubo un silencio lleno de turbación que tuvo que romper con un carraspeo—: De todas formas, me inclino más hacia la teoría de Gwen. Esa dama me utilizó y yo estuve completamente de acuerdo. Fin de la historia.

Aunque Sophie y Belle querían discutir sus palabras, terminaron siendo arrastradas a un nuevo tema de

conversación propiciado por Simon, que le conocía lo suficiente como para saber que su primo no quería seguir hablando del tema. Leo se sintió aliviado porque no le gustaba el cariz que había tomado lo que había comenzado como una inocente anécdota.

Lo lógico sería, ahora que su negocio funcionaba muy bien, pensar en casarse y seguir expandiendo su empresa hotelera. No necesariamente en ese orden. El problema era que, aunque la sociedad dictaba que debía seguir esas conveniencias, él no era como los demás. Al principio había deseado casarse para seguir viviendo de las rentas de su esposa, pero ahora le sorprendía lo mucho que había cambiado. Llevaba años viviendo en Inglaterra y ya no era el mismo Leo que había llegado de Boston con demasiados pájaros en la cabeza. Su único objetivo al marcharse era que su familia americana lo dejase en paz y ahora deseaba que se sintieran orgullosos.

Algo que era muy difícil cuando se trataba de su padre.

¿Casarse? Debía admitir que Rose tenía razón y su principal miedo era que su esposa, con la que debía compartir el resto de su vida, también le dedicase miradas molestas y comentarios insidiosos como hacía la gente la mayor parte del tiempo. No podría soportarlo. Era más fácil divertirse de vez en cuando con alguna dama dispuesta y nada más.

Por otro lado, si expandía su empresa por América, el lugar natural sería hacerlo en Nueva York o Boston. Pero solo con pensar que la sombra de su padre, un increíble hotelero, estaría acechándole a cada instante, se abrumaba y desechaba la idea.

No, era mejor así. Quizá incluso podría montar otro hotel en Edimburgo y no tendría que cruzar el charco de

nuevo. Más cómodo y conocido. Si algo funcionaba, ¿por qué iba a cambiarlo?